

aunque no muy ornado, conforme a la idea que tenemos de la cultura del entendimiento de las mujeres; porque no se ha formado el suyo con la lectura, sino con sólo las conversaciones de su padre y su madre, con sus propias reflexiones y con las observaciones que ha hecho en el poco mundo que ha visto. Naturalmente, Sofía es alegre; cuando niña era retozona, poco a poco ha cuidado su madre de ir refrenando sus visos de aturdimiento, no fuese que en breve una repentina mudanza la instruyese del instante que la había hecho necesaria. Así se ha hecho modesta y recatada antes que fuese tiempo de serlo, y ahora que ha llegado este tiempo, más fácil se le hace conservar el estilo que ha tomado, que la sería tomarle sin indicar el motivo de esta mudanza. Es cosa graciosa ver cómo, por reliquias de su antigua costumbre, se abandona de cuando en cuando a vivezas de la niñez, luego vuelve en sí de repente, se calla, baja los ojos y se pone colorada: preciso es que la época intermedia de las dos edades participe algo de entrambas.

Sofía es en extremo sensible para que pueda conservar una perfecta igualdad de carácter, pero tiene blandura en demasía para que importune con su sensibilidad a los demás; a ella sola es a quien hace mal. Si se dice una sola palabra que la incomode, no pone mala cara, pero se le aprieta al corazón y procura escaparse para ir a llorar. Si en medio de su llanto la llama su padre o su madre la dice una palabra, viene corriendo a jugar y a reír, enjugándose con maña los ojos y procurando ahogar sus sollozos.

Tampoco está enteramente exenta de manías. Su enfado, cuando le irritan algo, degenera en cólera y entonces es propensa a excederse. Pero dejadle tiempo para que vuelva en sí, y repara su culpa de un modo que casi la convertirá en mérito. Si la castigan, es dó-

cil y sumisa, y se echa de ver que no tanto proviene su vergüenza del castigo como de su yerro. Si no la dicen nada nunca deja de enmendarle por sí propia, y con tan buena voluntad que no es posible guardarla rencor. Besaré el suelo delante del último criado, sin que le cueste el menor trabajo esta humillación, y, al punto que la han perdonado, sus halagos y su alegría manifiestan de qué peso han aliviado su corazón. En una palabra, lleva con paciencia las sinrazones de los demás y repara con gusto las suyas. Esta es la amable índole de su sexo antes que nosotros la hayamos estragado. La mujer fue destinada a ceder al hombre y aun a aguantar su injusticia. Nunca reduciréis a los muchachos al mismo punto: se exalta en ellos el sentido interno que repugna la injusticia; pues no lo formó la Naturaleza para tolerarla.

Gravem

Pelidæ stomachum cedere nescit (66).

Sofía tiene religión, pero racional y sencilla, con pocos dogmas y menos prácticas de devoción, o más bien, no conociendo otra práctica esencial que la moral, la dedica su vida entera a servir a Dios obrando bien. En todas las instrucciones que acerca de esta materia le han dado sus padres, la han acostumbrado a una respetuosa sumisión, diciéndole siempre: «Hija mía, estos conocimientos no son para tu edad: tu marido te instruirá en ellos cuando fuere tiempo». En lo demás, en vez de largos razonamientos de piedad, se limitan a predicársela con su ejemplo, y éste se ha grabado en su corazón.

(66)

La fuerte

Saña de Aquiles, que ceder no sabe.

HOR., *Carm.*, lib. I, od. VI.

Sofía ama la virtud, y este amor se ha hecho su pasión dominante. La ama porque no hay cosa tan hermosa como la virtud; la ama porque la virtud constituye la gloria de una mujer, y una mujer virtuosa la parece casi igual a los ángeles: la ama como la única senda de la verdadera felicidad y porque sólo conoce miseria, abandono, desdicha, ignominia y oprobio en la vida de una mujer deshonesta; finalmente, la ama como preciosa para su respetable padre, para su tierna y digna madre, que, no contentos con su propia virtud, también quieren estarlo con la de su hija, y la primera felicidad de ésta es la esperanza de hacer felices a sus padres. Todos estos sentimientos la inspiran un entusiasmo que enaltece su alma y tiene sujetas todas sus mezquinas inclinaciones a tan noble pasión. Sofía será casta y honesta hasta su postrer aliento: lo ha jurado en lo interior de su alma, y en un tiempo en que ya conocía cuánto cuesta cumplir semejante juramento; lo ha jurado cuando hubiera debido revocar esta promesa, si sus sentidos fuesen capaces de reinar sobre ella.

No tiene Sofía la dicha de ser una amable petimetra, fría por temperamento y zalamera por vanidad, que más quiere lucir que agradar, y busca la diversión y no el deleite. La necesidad de amar es la única que la devora, viene a distraerla y a perturbar su corazón en medio de las reuniones: ha perdido su antigua alegría; los retozones juegos ya la fastidian, lejos de temer la soledad, la busca; en ella piensa en aquél que debe amenizársela: la importunan todos los indiferentes; no necesita de cortejantes, sino de un amante; más quiere agradar a un solo hombre de bien, y agradarle siempre, que ver alzarse en su favor el grito de la moda, que dura un día, y el siguiente se ha convertido en escarnio.

El juicio de las mujeres se forma más temprano que el de los hombres, estando sobre la defensiva casi desde su niñez, y encargadas de un depósito de difícil guarda, necesariamente conocen primero lo bueno y lo malo. Precoz en todo Sofía, porque la incita su temperamento a que lo sea, también tiene formado el juicio más pronto que otras jóvenes de su edad. Esto nada tiene de extraordinario, que la naturaleza no en todas es la misma al mismo tiempo.

Sofía está instruída en las obligaciones y en los derechos de su sexo y el nuestro: conoce los defectos de los hombres y los vicios de las mujeres, así como las prendas y virtudes contrarias, y las lleva estampadas todas en lo interior de su corazón. No es posible tener más alta idea de la mujer honrada que la que ella se ha formado, y no la asusta esta idea; pero todavía piensa con más complacencia en el hombre de bien, en el hombre de mérito; reconoce que está ella destinada para este hombre que es digna de él, que le puede devolver y pagar la felicidad que de él reciba; sólo falta encontrarle.

Las mujeres son jueces naturales del mérito de los hombres, así como éstos lo son del de las mujeres: es un derecho recíproco que ni unos ni otros ignoran. Sofía conoce este derecho y usa de él, pero con la modestia que conviene a su juventud, a su inexperiencia y a su estado: sólo juzga de las cosas que están a su alcance, y esto únicamente cuando la sirve para deducir alguna máxima útil. Habla de los ausentes con la mayor circunspección, especialmente si son mujeres. Piensa que lo que las hace murmuradoras y satíricas, es el hablar de su sexo, y que solamente son justicieras cuando se limitan a hablar del nuestro. Por tanto, Sofía lo hace así. De las mujeres nunca habla como no sea para decir de ellas lo bueno que sabe: esta es una

honra que cree debe a su sexo; de aquéllas que ningún bien tiene que decir, se calla y se entiende su silencio.

Poco estilo de mundo tiene Sofía, pero es obsequiosa, atenta y muy graciosa; en todo cuanto hace, más bien la sirve una índole feliz que mucho arte. Tiene cierta cortesía especial, que no consiste en fórmulas, ni está sujeta a la moda, pero que procede del deseo de agradar y lo consigue. No sabe los cumplimientos triviales ni los inventa más estudiados; no dice que está muy agradecida, que la honran mucho, que no se tomen el trabajo, etc., mucho menos se cuida de limar las frases. A una atención, a una cortesía de estilo, corresponde con una cortesía sencilla, o con un *muchas gracias*; pero esta expresión en su boca vale más que cualquiera en la de otra. A un servicio verdadero deja que hable su corazón, y no son cumplimientos los que éste encuentra. Nunca se ha dejado sujetar por el estilo al yugo de monerías, como apoyar la mano cuando pasa de un cuarto a otro en un brazo sexagenario, que más bien la dan impulsos de sostener. Cuando un polluelo perfumado la ofrece este importuno servicio, deja el oficioso brazo en la escalera, y en dos brincos se planta en la habitación, diciendo que no le necesita.

No sólo observa silencio y respeto con las mujeres de más tiempo, sino también con los hombres casados o ancianos; nunca aceptará un puesto superior a ellos, como no fuere por obediencia, y se volverá al suyo más inferior así que pueda, porque sabe que antes que los derechos del sexo son los de la edad, que tienen en su favor la presunción de la sabiduría, la cual debe ser acatada sobre todas las cosas.

Con los jóvenes de su edad es diferente: necesita de distinto tono para imponerles respeto, y sabe usarle

sin dejar el modesto ademán que le conviene. Si son también modestos y recatados, conservará con ellos la amable familiaridad de la juventud: serán chistosas, pero con decencia, sus inocentes conversaciones; si se tornan serias, querrá que sean útiles; si degeneran en requiebros al punto las interrumpirá, porque desprecia altamente la necia algarabía del galanteo, como cosa que ofende mucho a su sexo. Bien sabe que no gastará esa algarabía el hombre que ella busca, y no sufre en otro lo que no conviene a aquél cuyo carácter lleva estampado en lo interior de su corazón. La alta opinión que tiene de los derechos de su sexo; la altivez de ánimo que debe a la pureza de su sentimiento; aquella energía de la virtud que en sí propia siente y que la hace respetable a sus propios ojos, son causa de que escuche con indignación las cumplimenteras lisonjas con que pretenden divertirla. No las oye con aparente enojo, sino con un irónico aplauso que deja parado, o con un semblante frío que no se esperaba. Si un joven almibarado la ensarta sus donaires: si exalta con agudeza su hermosura, sus gracias, el valor de la dicha de agradarle, es la muy capaz de interrumpirle diciéndole: «Caballero, me parece que sé yo mejor que usted todas esas cosas; de modo que, si no tenemos otra cosa que decir, creo que podemos dar punto a nuestra conversación». Acompañar estas palabras con una profunda cortesía y encontrarse a veinte pasos, es para ella cosa de un momento. Preguntad a vuestros pisaverdes si es fácil, junto a una cabeza tan diferente de las demás, lucir mucho tiempo su charla.

Esto no quiere decir que la disguste verse alabada, con tal que sea de veras, y pueda creer que efectivamente piensan el bien que de ella dicen. Para que le parezca uno sensible a su mérito, es preciso que pri-

mero dé él pruebas de que le tiene. Su altivo corazón puede apreciar un homenaje fundado en la estimación, pero toda burla de galanteo le repugna, que no está destinada Sofía a ejercitar el talento de un necio.

Con tanta madurez de juicio y formada bajo todos aspectos como una muchacha de veinte años, Sofía a los quince no será tratada como una niña por sus padres. Apenas distingán en ella la primera inquietud de la juventud, se darán prisa a tomar sus medidas antes de que haga más progresos, y le dirán razones tiernas y juiciosas, que son las acomodadas a su edad y carácter. Si éste es como yo me lo imagino, ¿por qué no le ha de hablar su padre con poca diferencia en los términos siguientes?

«Ya eres grande, Sofía, y no has crecido para quedarte siempre en este estado. Queremos que seas feliz, porque de tu felicidad pende la nuestra. La felicidad de una doncella honrada consiste en hacer la de un hombre de bien; por tanto, es preciso que cuanto antes pienses en casarte, porque como la suerte de la vida pende del matrimonio, nunca hay tiempo de sobra para pensarlo bien.

»Exceptuando la elección de una buena mujer, no hay cosa más dificultosa que la de un buen marido. Tú, Sofía, serás esa mujer rara, serás la gloria de nuestra vida y la felicidad de nuestros ancianos días; pero, por mucho que sea tu mérito, no faltan hombres en la tierra que tienen todavía más que tú. Ninguno hay que no se deba honrar con alcanzarte, y hay muchos que te honrarán más a ti. Trátase de encontrar entre éstos uno que te convenga, de conocerle y darle a conocer de él.

»De tantas cosas armónicas pende la perfecta felicidad del matrimonio, que fuera locura querer reunir las todas. Primero es preciso asegurarse de las

que más importan; cuando se encuentran las demás, se toman; cuando faltan, no se echan menos. No hay felicidad perfecta en la tierra; pero la mayor de las desgracias, la que siempre podemos evitar, es la de ser desdichados por culpa nuestra.

»Hay conveniencias naturales, otras de institución, y otras que penden sólo de la opinión. De las dos últimas son jueces los padres, los hijos solos lo son de la primera. En los matrimonios que se hacen por la autoridad de los padres, se arreglan únicamente por las conveniencias de institución y opinión; no son las personas las que se casan, son las condiciones y los bienes; pero todo esto puede mudar, sólo las personas se quedan siempre, van siempre consigo propias y, a despecho de la fortuna, sólo por las relaciones personales puede un matrimonio ser feliz o infeliz.

»Tu madre era noble, yo rico, estas fueron las consideraciones únicas que decidieron a nuestros parientes para nuestro matrimonio. Yo he perdido mis riquezas, ella su nombre; olvidada de su familia, ¿de qué le sirve hoy haber nacido de hidalga cuna? En nuestras desgracias, de todo nos ha consolado la unión de nuestros corazones; la conformidad de nuestros gustos nos ha hecho elegir esta soledad; aquí vivimos pobres y felices, siéndonos todo el uno para el otro. Sofía es nuestro común tesoro; bendicimos al cielo porque nos ha dado éste y nos ha quitado todos los demás. Mira, hija mía, adónde nos ha traído la Providencia: las conveniencias que determinaron nuestra unión se han desvanecido, y somos felices por aquellas en que nadie pensó.

»A los esposos toca escogerse. Su primer vínculo debe ser el recíproco cariño, sus primeros guías los ojos, los corazones; porque como su primera obligación, cuando están unidos, es amarse, y el amor o des-

amor no pende de nosotros mismos, esta obligación envuelve necesariamente otra, que es la de amarse antes de unirse. Este es el derecho de la Naturaleza, que nada puede abrogar: los que con tantas leyes civiles la han apremiado, más miramiento han tenido al orden aparente que a la dicha del matrimonio y a la moralidad de los ciudadanos. Ya ves, Sofía, que no te predicamos una moral muy dificultosa: sólo viene a parar en hacerte dueña de ti propia y en descansar nosotros sobre ti para la elección de tu esposo.

Después de haberte dicho nuestras razones para dejarte entera libertad, es justo hablarte también de las que tienes tú para usar de ella con cordura. Hija mía, tú eres buena y discreta, tienes rectitud y piedad, posees los talentos que convienen a la mujer honrada y no te falta hermosura, pero eres pobre, posees bienes más estimables y te faltan los que más se estiman. No aspiras, por tanto, a más de lo que puedes alcanzar, y arregla tu ambición, no por tus juicios ni por los nuestros, sino por la opinión de los hombres. Si sólo de igualdad de mérito se tratara, no sé dónde pondría límite a mis esperanzas, pero no las encumbres tú más altas que tu caudal, ni te olvides de que éste es muy corto. Aunque para un hombre digno de ti no sea obstáculo esta desigualdad, lo que él no haga debes tú hacerlo. Sofía debe imitar a su madre, y no entrar en una familia que con ella no se honre. No has visto nuestra opulencia, has nacido durante nuestra pobreza, nos la haces suave y la participas sin sentimiento. Créeme, Sofía, no busques bienes de que bendicimos nosotros al cielo que nos haya librado: no hemos sido felices hasta después de haber perdido la riqueza.

Eres muy amable para dejar de agrandar a alguno, y no es tanta tu pobreza que puedas ser gravosa a un

hombre de bien. Te pretenderán tal vez hombres que no valgan tanto como tú. Si se mostraran a ti como ellos son, los apreciarías en sólo lo que valen y no te engañaría mucho tiempo su apariencia, pero, aunque tengas sano juicio y conozcas el mérito, te falta experiencia y no sabes hasta dónde se pueden contrahacer los hombres. Un pícaro astuto puede estudiar tus gustos para seducirte y fingir contigo virtudes que no tenga. Te perdiera, Sofía, antes que lo conocieses, y sólo para llorarle conocieras tu yerro. El lazo más peligroso de todos es el de los sentidos, el único que no puede evitar la razón; sólo verás fantásticas ilusiones, se fascinarán tus ojos, se enturbiará tu juicio, se estragará tu voluntad, amarás hasta tu propio error, y, aun cuando fueras capaz de conocerle, no querrías salir de él, si tienes la desdicha de caer en sus redes. Hija mía, a la razón de Sofía te entrego, no a la propensión de su corazón. Mientras no tengas inclinación a ningún hombre, sé tu propio juez, mas al punto que estés enamorada, restituye a tu madre el cuidado de vigilarte.

«Para probarte nuestra estimación te propongo un convenio que entre nosotros restablece el orden natural. Los padres eligen esposo a su hija y sólo la consultan por mera formalidad: éste es el estilo. Pues haremos todo lo contrario: escogerás tú y nosotros seremos los consultados. Usa de tu derecho con libertad y discreción. El esposo que te convenga le debes elegir tú y no nosotros; pero a nosotros toca juzgar si te engañas acerca de las conveniencias y si haces, sin saberlo, una cosa distinta de lo que quieres. En nuestras razones no tendrán parte ni el nacimiento, ni los bienes, ni la jerarquía, ni la opinión. Escoge un hombre de bien cuyo físico te guste y cuyo carácter te convenga; en cuanto a lo demás, sea cual fuere, le

aceptamos por yerno. Siempre tendrá el caudal suficiente si tiene brazos, buenas costumbres y ama a su familia, y siempre ilustración bastante si le ennoblece la virtud. ¿Qué importa que nos lo vitupere el mundo? No aspiramos a la aprobación pública: tenemos bastante con tu felicidad».

No sé, lectores, qué efecto haría esto razonamiento en las muchachas educadas a vuestro modo; mas, por lo que a Sofía toca, podrá no responder a él con palabras, porque no la dejarán hablar con facilidad la vergüenza y la ternura, pero estoy muy cierto de que permanecerá grabado en su corazón lo restante de su vida y que, si podemos contar con alguna resolución humana, será con la que le haga formar de mostrarse digna de la estimación de sus padres.

Pongámonos en lo peor y démosla un temperamento ardiente que le haga penosa una dilatada tardanza: digo que su juicio, sus conocimientos, su gusto sano, su delicadeza y, más que todo, los sentimientos que desde su niñez han inculcado en su corazón, opondrán tal obstáculo a los ímpetus de los sentidos que le baste para vencerlos, o a lo menos para resistirles mucho tiempo. Antes muriera mártir de su estado que afligir a sus padres: casarse con un hombre sin mérito y exponerse a las desgracias de un matrimonio desigual. La misma libertad que le han dejado da nueva elevación a su ánimo y la hace más escrupulosa para la elección de un dueño. Con el temperamento de una italiana y la sensibilidad de una inglesa tiene, para refrenar su corazón y sus sentidos, la altivez de una española, que, aun cuando busca un amante, con dificultad halla uno que le parezca digno de ella.

No es fácil a todo el mundo reconocer cuánta elasticidad puede dar al alma el amor de las cosas honradas, y la fuerza que en sí puede encontrar el que sin-

ceramente quiere ser virtuoso. Gentes hay a quienes todo cuanto es grande les parece fantástico, y que con su vil y baja razón nunca conocerán lo que con las pasiones humanas puede hasta la locura de la virtud. A éstos sólo se les ha de hablar con ejemplos, y peor para ellos si se obstinan en negarlos. Si yo les dijera que Sofía no es un sér imaginario; que sólo su nombre es de invención mía; que realmente han existido su educación, su carácter, sus costumbres y hasta su figura, y que su memoria todavía cuesta llanto a toda una familia honrada, sin duda no lo creerían; pero, al cabo, ¿qué aventuro yo en concluir sin rodeos la historia de una joven tan parecida a Sofía, que pudiera la de ésta ser la suya sin que debiesen extrañarlo? Créanla o no verdadera, poco importa; según ellos habré contado ficciones, pero siempre habré explicado mi método y me encaminaré al fin que me he propuesto.

Tenía esta joven, con el temperamento que a Sofía he atribuido, todas las demás conformidades que le podían hacer merecer este nombre, y así se le dejó. Después de la conversación que he referido, contemplando su padre y su madre que no se vendrían a presentar partidos en el despoblado que habitaban, la enviaron a pasar un invierno a la ciudad, a casa de una tía, a quien secretamente dieron parte del motivo de este viaje, porque la altiva Sofía encerraba en el fondo de su corazón la noble arrogancia de saber triunfar de sí propia y, por más que necesitara marido, antes moriría doncella que resolverse a ir ella a buscarle.

Para corresponder con la intención de sus padres la presentó su tía en varias casas; la llevó a varias sociedades, a varios saraos; la mostró el mundo o, más bien, la mostró en él, porque Sofía se cuidaba muy poco de todo este estrépito. Notóse, no obstante, que

no huía de los mozos de agradable presencia que parecían decentes y modestos. En su mismo recato tenía cierto arte para atraerlos, bastante parecido a la coquetería, pero, después de hablar dos o tres veces con ellos, le cansaban. En breve, a aquel ademán de autoridad que parece admitir los homenajes, y que es el primer favor del sexo, sustituía cortesía más repulsiva y aire más altivo. Siempre sobre sí, no les dejaba ocasión de hacerla el más leve servicio, lo cual era decirles bastante claro que no quería ser su dama.

Nunca han gustado los pechos sensibles de los deleites estrepitosos, vana y estéril felicidad de las personas que nada sienten y que creen gozar de la vida, porque se atolondran con ella. No encontrando Sofía lo que buscaba, ni esperando encontrarlo, se aburrió de la ciudad. Amaba tiernamente a sus padres y no había nada que se los pudiera hacer olvidar; volvióse, pues, a su retiro mucho tiempo antes de la época determinada para su regreso.

Apenas hubo vuelto al ejercicio de sus funciones en casa de sus padres, cuando se vió que, conservando la misma conducta, había mudado de condición. Se distraía, se escondía para llorar. Al principio creyeron que estaba enamorada y tenía vergüenza de decirlo: se lo preguntaron y lo negó, protestando que a ninguno había visto que impresionara su corazón, y Sofía no mentía.

Crecía cada día más su abatimiento y empezaba su salud a alterarse. Asustada con esta mudanza, su madre quiso averiguar la causa. La llamó a solas y, usando con ella aquel estilo halagüeño y aquellos invencibles cariños que sólo la ternura maternal sabe emplear, le dijo: «Hija mía, tú a quien traje en mi vientre y sin cesar traigo en mi corazón, vierte los secretos del tuyo en el seno de tu madre. Pues, ¿cuá-

les son esos secretos que tu madre no puede saber? ¿Quién se duele de tus quebrantos, quién tiene parte en ellos y quiere aliviarlos sino tu padre y yo? ¡Ah, hija mía! ¿Quieres que me mate tu pesar sin saber cuál sea?»

Lejos de esconder su sentimiento a su madre no deseaba la doncella otra cosa que tenerla por confidenta y consoladora; mas la vergüenza la impedía hablar, y no encontraba su modestia expresiones que describieran estado tan indigno de ella, como la emoción que mal de su grado agitaba sus sentidos. Finalmente, sirviendo su propia vergüenza de indicio a su madre, le sacó esta afrentosa confesión. Lejos de afligirla con repreciones injustas, la consoló, la compadeció, lloró con ella, pues era sobrado cuerda para acriminarle una dolencia que su virtud sólo hacía que fuese tan acerba. Mas ¿por qué, sin necesidad, aguantaba un mal que tan legítimo y fácil remedio tenía? ¿Por qué no usaba de la libertad que le habían dado? ¿Por qué no aceptaba un marido? ¿Por qué no le escogía? ¿No sabía que era árbitra de su suerte y, cualquiera que fuese su elección, sería confirmada, pues no podría menos de ser honesta? La habían enviado a la ciudad y no había querido quedarse; se habían presentado muchos pretendientes y todos los había desechado. Pues ¿qué esperaba? ¿Qué quería? ¿Qué inexplicable contradicción!

La respuesta era obvia. Si no se tratase más que de un alivio para la mocedad bien pronto se hiciera la elección; pero no es tan fácil escoger un dueño para la vida entera, y no pudiéndose separar estas dos elecciones, es menester esperar, y a veces dejar que se vaya la juventud antes de encontrar al hombre con quien se quiere pasar la vida. Esta era la situación de Sofía, necesitaba un amante, pero este amante había

de ser un marido, y para un corazón como el suyo necesitaba, casi tan difícil era hallar lo uno como lo otro. Todos esos mozos tan brillantes sólo concordaban con ella en la edad; siempre les faltaban las demás conformidades; la superficialidad de su espíritu, su vanidad, su charlatanería, sus desarrogladas costumbres, sus frívolas imitaciones se los hacían repugnantes. Buscaba un hombre y sólo hallaba monos; buscaba un alma y no la encontraba.

«¡Qué desgraciada soy! decía a su madre: necesito querer, y no veo cosa que me llene. Mi corazón repele a todos aquéllos que mis sentidos atraen. No veo uno que no excite mis deseos, ni uno que no los refrone: el gusto sin la estimación no puede ser duradero. ¡Ah, no es ese el hombre que Sofía necesita! Grabado está el modelo que la hechiza en el fondo de su corazón. A él sólo puede amar y hacer dichoso, y sólo con él puede ella serlo. Más quiere consumirse y padecer sin cesar, más quiere morir desgraciada y libre, que desesperada junto a un hombre a quien no quisiera y al que haría desgraciado; más vale morir que existir sólo para padecer».

Asombrada su madre de estas rarezas, le parecieron tan extravagantes que sospechó encerraban algún misterio. Sofía no era melindrosa ni ridícula. ¿Cómo había podido entrar esta excesiva delicadeza en ella, a quien desde su niñez nada la habían inculcado tanto como el deber de acomodarse con los hombres con quienes tenía que vivir, y hacer de necesidad virtud? Este modelo del hombre amable que tanto la embelataba y tanto repetía en todas sus conversaciones, hizo conjeturar a su madre que el mal tenía algún otro fundamento que todavía ignoraba, y que Sofía no se lo había dicho todo. Abrumada la infeliz con su secreta pena, solamente procuraba explayarse. Estré-

chala su madre, titubea, ríndese en fin, y, saliéndose del cuarto sin hablar palabra, vuelve a entrar con un libro en la mano: «Compadezca usted a su desdichada hija, su tristeza es irremediable y su llanto no puede agotarse. ¿Quiere usted saber la causa? Pues ahí la tiene». Dijo, y arrojó el libro sobre la mesa. Cógelo su madre, le abre, y ve las *Aventuras de Telémaco*. Al pronto no adivina este enigma; mas luego, a fuerza de preguntas y obscuras respuestas ve, extrañándose de un modo indecible, que su hija es la rival de Eucaris.

Sofía amaba a Telémaco, y le amaba con una pasión de que nada la pudo sanar. Luego que sus padres conocieron la manía, se rieron de ella y quisieron desvanecérsela con el raciocinio. Se equivocaban, que no estaba toda la razón de su parte; también tenía Sofía la suya y sabía esforzarla. ¡Cuántas veces los hizo callarse valiéndose contra ellos de sus propios argumentos; mostrándoles que ellos eran la causa de todo el daño, por no haberla formado para un hombre de su siglo; que sería forzosamente necesario que ella adoptase el modo de pensar de su marido, o que éste le inspirase el suyo: que el primer medio se le habían hecho impracticable por el modo como la habían educado y el otro era justamente lo que ella buscaba! «Denme, decía, un hombre imbuído en mis máximas, o que pueda yo persuadirselas, y me caso al instante: pero, hasta tanto, ¿por qué me riñen ustedes? Compádeczanme, que soy desdichada y no loca. ¿Pende el corazón de la voluntad? ¿No lo ha dicho mi propio padre? ¿Es culpa mía si amo lo que no existe? No soy ilusa: no quiero un príncipe, no busco a Telémaco, bien sé que es mera ficción; busco uno que se le parezca. ¿Y por qué no ha de poder existir este uno, una vez que existo yo, que me siento con un corazón tan



semejante al suyo? No, no deshonremos así la Humanidad; no pensemos que sea mera ilusión un hombre virtuoso y amable. Existe, vive, acaso me busca, busca un alma que sepa amarle. ¿Pero quién es? ¿Dónde está? No lo sé: ninguno es de los que he visto y, sin duda, ninguno de los que he de ver. ¡Oh, madre mía! ¿Por qué me ha pintado usted la virtud tan amable? Más culpa es de usted que mía, si sólo a ella puedo amar».

¿Conduciré hasta su catástrofe esta triste narración? ¿Diré las porfiadas contiendas que a ella precedieron? ¿Representaré a una madre impacientada convirtiéndose en rigores sus primeros halagos? ¿Mostraré a un padre enojado que, olvidando sus primeras promesas, trata de loca a la más virtuosa de las hijas? Finalmente, ¿pintaré a la desventurada, más apegada a su fantasía con la persecución que por ella padece, caminando con lentos pasos a la muerte y descendiendo a la tumba, cuando creen arrastrarla a las aras? No; desviemos estos fúnebres objetos. No es necesario pasar tan adelante para hacer ver con un ejemplo bastante exacto, según creo, que no obstante las preocupaciones originadas de las costumbres del siglo, no es más ajeno de las mujeres que de los hombres el entusiasmo de lo decente y lo hermoso, y que bajo la dirección de la Naturaleza nada hay que, tanto de ellas como de nosotros, no pueda alcanzarse.

Aquí me paran, preguntándome si es la Naturaleza la que manda que nos afanemos tanto para reprimir los deseos inmoderados. Respondo que no; pero que tampoco es ella la que nos da tantos deseos de esa especie. Ahora bien, todo cuanto no es de la Naturaleza es contra ella: esto lo he probado mil veces.

Restituyamos su Sofía a nuestro Emilio; resucitemos a esta amable doncella para darle imaginación

menos viva y más venturoso destino. Quería pintar una mujer común y, a fuerza de elevar su alma, he turbado su razón: yo mismo me he descaminado. Volvamos atrás. Sofía no tiene más que buena índole, con un alma común; todas las demás ventajas que tiene sobre las otras mujeres, son efecto de su educación.

*Sofía*

En este libro me he propuesto decir todo cuanto era posible hacer, dejando a cada uno la elección de aquello que esté a su alcance en cuanto bueno puedo haber dicho. Al principio había pensado formar de antemano la compañera de Emilio y educarlos juntos, uno para otro; pero, reflexionándolo mejor, he visto que todas estas disposiciones sobrado prematuras eran mal entendidas, y que era absurdo destinar dos niños a que se uniesen antes de poder saber si esta unión estaba en el orden de la Naturaleza, y si tendrían las convenientes relaciones entre sí para formarlas. No se ha de confundir lo que es propio del estado natural, con aquéllo que lo es del estado civil. En el primero, todas las mujeres convienen a todos los hombres, porque unos y otros sólo tienen la forma común y primitiva; en el segundo, desenvuelto cada carácter por las instituciones sociales, y habiendo recibido cada espíritu su forma propia y determinada, no de la educación sólo, sino del bien o mal ordenado concierto de la índole y la educación, es imposible aparearlos, como no sea presentándolos uno a otro, para ver si bajo todos aspectos se convienen, o preferir al menos la elección que más consonancias presentare.

Lo malo es que, desenvolviendo los caracteres, distingue el estado social las jerarquías y, no siendo uno de estos dos órdenes semejante al otro, cuanto más se distinguen las condiciones, más se confunden los caracteres. De aquí los matrimonios desiguales y todos los desórdenes que de ellos proceden; donde se ve, por una consecuencia evidente, que cuanto más nos desviamos de la igualdad, más se alteran los sentimientos naturales; cuanto más crece el intervalo de los grandes a los pequeños, más se afloja el vínculo conyugal; cuantos más ricos y pobres hay, menos son los padres y maridos. Ni el amo ni el criado tienen familia: cada uno de ellos sólo ve su estado.

¿Queréis precaver los abusos y hacer matrimonios dichosos? Sofocad las preocupaciones, olvidáos de las instituciones humanas y consultad la Naturaleza. No unáis personas que sólo se convienen por una determinada condición, y que variando ésta no se convendrán ya, sino personas que se convengan en cualquiera situación que se hallaren, en cualquiera país que habitaren y en cualquiera clase a que pudieren llegar. No digo que sean indiferentes en el matrimonio las relaciones de convención; digo sí, que de tal modo es más poderoso el influjo de las relaciones naturales que el de las de convención, que él sólo decide del destino de la vida, y hay tal consonancia de gustos, genios, sentimientos y caracteres, que debiera persuadir a un padre cuerdo, aunque fuera un noble o un monarca, a dar a su hijo la doncella con quien tuviese todas estas concordancias, aunque fuese hija de un mendigo o hubiese nacido en una familia deshonrada. Sí, sostengo que, aunque todas las desgracias imaginables debiesen caer sobre dos esposos estrechamente unidos, más felicidad verdadera disfrutarán llorando juntos, que las que tendrían con todas las buenas fortunas de

la tierra, envenenadas con la desunión de los corazones.

Así, en vez de destinar desde la niñez una esposa a mi Emilio, he aguardado a saber la que le conviene. No soy yo quien fijo este destino, es la Naturaleza; mi negocio es atinar la elección que ha hecho aquélla. Digo mi negocio, y no el de su padre, porque cuando me fió su hijo me cedió su puesto, y sustituyó a su derecho el mío: yo soy el verdadero padre de Emilio, yo quien le hice hombre. Me habría negado a educarle si no me hubieran dejado árbitro de casarle a su gusto, es decir, al mío. Sólo la satisfacción de hacer a uno dichoso puede resarcir de los afanes que cuesta el poner a un hombre en estado de que lo sea.

No creáis tampoco que haya yo aguardado, para encontrar la esposa de Emilio, a que me encargara de buscarla. Esta fingida pesquisa sólo ha sido un pretexto para darle a conocer las mujeres, a fin de que comprendiese el valor de la que le conviene. Mucho tiempo hace que está hallada Sofia; acaso la ha visto ya Emilio, pero no la reconocerá hasta que sea tiempo.

Aunque no sea necesaria la igualdad de las condiciones para el matrimonio, cuando ésta se junta con las demás consonancias, las da nuevo precio; no hace contrapeso a ninguna, pero inclina la balanza cuando está en el fiel.

No puede un hombre, a menos que sea monarca, buscar mujer en todos los estados, porque las preocupaciones que él no tuviere las encontrará en los demás, y aunque cierta doncella le conviniese, no por eso la alcanzaría. Hay, por tanto, máximas de prudencia que deben poner límite a las pretensiones de un padre de juicio: no ha de querer para su alumno un establecimiento superior a su clase, pues eso no pende de él, y aun cuando pendiera, no debería desearlo: